

El contenido de esta obra es una contribución del autor al repositorio digital de la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, por tanto el autor tiene exclusiva responsabilidad sobre el mismo y no necesariamente refleja los puntos de vista de la UASB.

Este trabajo se almacena bajo una licencia de distribución no exclusiva otorgada por el autor al repositorio, y con licencia Creative Commons – Reconocimiento de créditos-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 Ecuador



Un espejismo con números

Jaime Breilh

1997

Artículo publicado en periódico: *Quefue*, junio 20 de 1997.

Hilando fino

UN ESPEJISMO CON NUMEROS¹

Jaime Breilh²

En estos días la gran prensa local ha llenado sus espacios con comentarios acerca de la última edición del Informe de las Naciones Unidas sobre el Desarrollo Humano. Una publicación periódica que presenta cifras de los países del mundo, e indicadores de los denominados Indices de Desarrollo Humano (IDH) y de la Pobreza Humana (IPH).

No cabe duda alguna de que el equipo técnico que produce estos anuarios mundiales es del mejor nivel, y que hay mucha tela para cortar en tantos datos a escala mundial. Lo que preocupa, en cambio, es la imagen distorsionada de la realidad que puede construirse con ese tipo de indicadores que son justamente propuestos como herramientas para la acción.

Como ya se argumentó hace varios años en un libro del CEAS (“Deterioro de la Vida”), el Índice de Desarrollo Humano (IDH) busca expresar a plenitud el verdadero avance del ser humano, pero lamentablemente lo que consigue es ofrecernos una imagen distorsionada y parcial de dicho desarrollo, con un espejismo vestido de la precisión de los números que esconde las verdaderas raíces de la privación y desigualdad que campean en un mundo regido por el poder, bajo una triple inequidad: la económica, la de género y la étnica.

El Índice de Desarrollo Humano (IDH), en el mejor de los casos, lo que indica es el desarrollo básico de una sociedad y su productividad, pues está calculado sobre la base de tres medidas: la de longevidad de la población (supuestamente medida por el compendio de mortalidad general o expectativa de vida); la de avance del conocimiento (supuestamente medido por el grado de escolaridad básica de la población); y, la más falaciosa de todas, la supuesta medida de un “estándar decente de vida” (que se expresaría en la productividad per capita o promedio -PIB per capita-).

Lo que puede cuestionarse no es la sofisticación técnica de los cálculos que es, por otra parte, intachable. El problema radica en la *doctrina de los mínimos tolerables* con que se pretende vestir la miseria de un supuesto desarrollo humano, aceptar como avance las migajas de un reparto que nunca llega a ser pleno y convertir la productividad promedial en reflejo del desarrollo del conjunto de la sociedad. En efecto, cuando se cree que con una discreta disminución de la mortalidad infantil (en la mayoría de países 60% de la expectativa de vida está definida por las muertes infantiles), que con una alfabetización y escolaridad básica y que con un incremento de la riqueza producida aunque no se reparta,

¹ Artículo periódico Quefue, Junio 20, 1997

² Médico. Cofundador e Investigador Principal del Centro de Estudios y Asesoría en Salud (CEAS) y Presidente del CINDES.

ya se alcanzan el bienestar longevo, el avance del saber y un estándar de vida decente, es porque se desconoce el fundamento del desarrollo humano. Y entonces, sea por desconocimiento -que es menos probable- o por una maniobra de cosmética social, se quiere convertir esas modificaciones menores en signos de auténtico progreso de la humanidad.

Es evidente que el avance real de un pueblo en lo humano no se conquista con dádivas, ni pequeñas redistribuciones, se logra con la construcción de poder democrático y extendido y con la terminación de las fuentes de inequidad: la propiedad monopólica de la economía, la desigualdad entre las etnias para modelar nuestra cultura, y la inequidad de un mundo donde el poder masculino recrea y entrena, desde al propio mundo de la familia para acostumbrarnos a la dominación. La humanización y justicia laboral, la humanización y desalienación del consumo, la defensa de la naturaleza, el fortalecimiento político y cultural son los que marcan el avance humano. Ninguno de esos aspectos tiene un correlato en el Índice de Desarrollo Humano que hemos comentado.